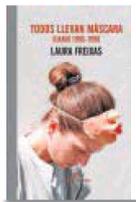


Laura Freixas, sin máscaras

Autora de dietarios donde pasa la (su) vida, en esta segunda entrega se entrelazan la maternidad y la escritura de una novela

Laura Ferrero

Da miedo decir en voz muy alta que se es feliz. Asoma inevitablemente, o casi, aquel verso de Cristina Peri Rossi que dice «Las pocas veces/ que he sido feliz/ he tenido profundo miedo/ ¿cómo iba a pagar la factura?». Sin embargo, Laura Freixas (Barcelona, 1958) lo dice en varias ocasiones a lo largo del segundo volumen de sus diarios, *Todos llevan máscara, Diario 1995-1996*. Aunque más miedo da admitir, como ella misma también hace, «soy envidiosa». Del primero de sus diarios, *Una vida subterránea, Diario 1991-1994*, dijo la crítica que era de una sinceridad desconcertante y lo mismo podría aplicarse para este volumen. Acostumbrados a leer diarios íntimos en los que ciertas vulnerabilidades quedan siempre a un lado, es una sorpresa más que agradable encontrarse con estas líneas sin impostura alguna. De manera que aunque el título rece que todos llevan máscara, «en algunos la máscara es más pintarrajeada, más tupida (...). Es difícil de adivinar qué hay detrás», no es de ningún modo el caso Laura Freixas.



Todos llevan máscara...
Laura Freixas
Errata Naturae,
2018
355 páginas
19,50 euros
★★★★

ESTE DIETARIO REFLEJA fielmente las dificultades de una mujer que desea terminar una novela y verla publicada a la vez que cuida de su hija. Los malabarismos familiares y el miedo ante la aparición de ese fantasma, el de ser una mantenida, la acecha. Pese a que un trabajo fijo le proporcionaría estabilidad, el anhelo de tener libertad para escribir prevalece y casi diríamos que la fortalece en esos años que empiezan a simbolizar para Laura Freixas el abandono de la juventud y la entrada en la madurez, sobre todo literaria. He sonreído varias veces al leer este diario, he visto el reflejo de muchos de nosotros viendo de la precariedad de esos artículos cuyos pagos se retrasan inevitablemente. Tratando de asomar la nariz en el mundillo literario, a la caza de editorial prestigiosa y lidiando con las dudas y las cartas de rechazo amables y cordiales que envían los editores.

PARTICULARMENTE INTERESANTES son sus opiniones literarias. En un momento dado compara la lectura de dos libros, *Nosotras que nos queremos tanto*, de Marcela Serrano, y *Cerrando el mar*, de Yehudit Katzir. Los valora a los dos y afirma que a pesar de que la novela de Marcela Serrano le ha parecido entretenida, *Cerrando el mar* es infinitamente mejor «porque deja interrogantes, puertas abiertas», en ella las palabras no están puestas para apoyar ninguna demostración. La verdadera literatura, es aquella que deja espacios en blanco. Ocurre de la misma forma en el dietario de Laura Freixas. «Curioso lo difícil que es hablar aquí de las cosas más graves», dice, porque es cierto que en estas líneas los protagonistas son las pequeñas cosas y los trasiegos de la vida cotidiana, pero es a partir de esos detalles del día a día como el lector logra ir más allá hasta comprender que lo que está leyendo no son menudencias sino la lucha de una mujer por encontrar su lugar, no solo en el mundo, sino en su mundo particular, el de la literatura. ■



Laura Freixas

JANUSZ KORCZAK, UN HOMBRE BUENO

Pedagogo y director de un orfanato con 200 niños en el gueto de Varsovia, su diario cuenta aquella vida y aquella muerte

Diario del gueto y otros escritos



J. Korczak
Seix Barral,
2018
376 páginas
19,90 euros
E-book: 11,99
★★★★

Eduardo Jordá

Korczak podría ser un personaje de Chéjov, pero fue real, escandalosamente real. Su nombre civil fue Henryk Goldzmit (1878-1942), pero se lo cambió a Janusz Korczak porque se consideraba un judío asimilado cuya cultura era polaca. Además de director de un orfanato, Korczak había escrito libros para niños, como su hermoso cuento *El rey Matías I*, o su ensayo *Cómo amar a un niño*, que escribió cuando era médico militar durante la Primera Guerra Mundial.

En 1940, tras la ocupación alemana, su orfanato con 200 huérfanos fue obligado a trasladarse al gueto judío de Varsovia. En mayo de 1942, cuando empezaron los rumores sobre las deportaciones masivas de judíos, Korczak retomó un viejo proyecto autobiográfico y se puso a escribir un diario. A diferencia de los diarios de Emmanuel Ringelblum o de Chaim Kaplan, el diario de Korczak no pretendía registrar los hechos que ocurrían en el gueto, sino que eran notas escritas al azar, a veces con el ritmo caótico del flujo de la conciencia.

Korczak saltaba de los recuerdos de infancia a las sombrías reflexiones sobre la eutanasia que le asaltaban en los momentos de mayor abatimiento. A veces se permitía el humor negro, como cuando le preguntaba a una vendedora del gueto si sus salchichas estaban hechas con carne humana. Otras veces meditaba, horrorizado, sobre el niño muerto que se había encontrado en una acera. Una noche soñó que iba en un vagón de tren lleno de cadáveres de niños (un sueño premonitorio como el de los profetas bíblicos). Cuando la violencia de los nazis se hacía insostenible («Anoche sólo fu-



Janusz Korczak con sus pupilos en Varsovia (1938)

silaron a siete judíos», Korczak se preguntaba si debería suicidarse, pero combatía la idea inventándose el planeta Ro, donde el profesor Zi sabía convertir la radiación solar en una fuerza moral capaz de imponer la bondad.

En julio, un amigo de Korczak se introdujo en el gueto y le propuso escapar. Korczak

se sabe que Korczak, en la mañana del 6 de agosto de 1942, se puso al frente de los 192 niños y diez empleados del orfanato, enarbolando la bandera del rey Matías –esa bandera de un reino que no existía–, y todos juntos fueron recorriendo las calles del gueto en perfecto orden. En el último momento, antes de subir al tren, otro amigo que trabajaba para el Consejo Judío le propuso escapar, pero una vez más Korczak se negó.

KORCZAK Y TODOS SUS HUÉRFANOS FUERON ENVIADOS A LA CÁMARA DE GAS DE TREBLINKA

se negó a abandonar a sus huérfanos. La última anotación del diario estaba dedicada a un soldado alemán que vigilaba el gueto. En vez de ver a un enemigo, Korczak se preguntaba si aquel soldado había sido un maestro en la vida civil. Korczak ya no pudo escribir nada más. Aquella misma mañana, las SS se presentaron en el orfanato: «Que salgan todos los judíos».

Por testimonios de testigos.

Hermosa oración

Una de las notas que dejó Korczak en su diario era una súplica: que las únicas guerras del futuro fueran competiciones para escribir la más hermosa oración que diera gracias a Dios. Korczak y todos sus huérfanos fueron enviados a la cámara de gas de Treblinka, pero atrás quedó este diario, la más hermosa oración que se escribió en Varsovia para dar las gracias a Dios (o al bondadoso profesor Zi, si queremos pensarlo de otro modo). Y Dios –o el profesor Zi– nos lo agradeció dándonos seres humanos como el doctor Janusz Korczak. ■